

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 9 Diciembre de 1893

Núm. 80



BEDUÍNO ATRAVESANDO EL DESIERTO

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — ¿Casualidad? por ARTURO ACHLEITNER, traducido del alemán por FRANCISCO SUÁREZ BRAVO. — Al Tequendama (poesía), por AGRIPINA MONTES DEL VALLE. — MARRUECOS: Tánger, por EDMUNDO DE AMICIS (continuación), traducido del italiano por C. V. DE V. — Mujer (continuación), por EMILIA PARDO BAZÁN. — Nuestros grabados. — Generales de redacción, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo). — Mesa revuelta. — Recreos instructivos.

Grabados. — Beduino atravesando el desierto. — MARRUECOS: Riffenos berberiscos. — Rogativas para la lluvia. — La alcazaba. — Una caravana de esclavos en el desierto, cuadro de BENJAMÍN CONSTANT. — Una escuela en Túnez, dibujo original de E. BERNINGER.



Crónica

Habiendo terminado la huelga colossal que por espacio de cuatro meses han sostenido los trabajadores en las minas de carbón del norte y del centro de Inglaterra. ¿Cómo ha terminado? *That is the question*, como dirían los mismos ingleses. Inquieto el Gobierno por la miseria que se iba acentuando en las familias de los huelguistas, inquieto por el aumento que había tenido el carbón de piedra, y doblemente inquieto por las nuevas dolorosas consecuencias que esta carestía podía traer así que empezara el invierno, se decidió á tomar la iniciativa para una reunión de delegados de patronos y de mineros. Llevóse á cabo, en efecto, en el *Foreign Office*, ó ministerio de Negocios Extranjeros, bajo la presidencia del ministro lord Roseberry. Este personaje, siendo presidente del Consejo del condado de Londres, había mostrado siempre vivo interés por las cuestiones obreras, lo cual fué razón para que á él se confiara la espinosa tarea de poner en paz á los beligerantes. La conferencia se verificó con afortunado éxito para lord Roseberry y para todo el país, puesto que de ella salió la terminación de la huelga. Todo el mundo respiró, porque la situación se agravaba á cada instante, y los mineros, en sus respectivos distritos, se entregaron á las mayores demostraciones de regocijo. Los patronos han tenido que ceder de momento, ya que han de admitir á los trabajadores con los antiguos salarios, cuando, según es sabido, habían propuesto y acordado la reducción de jornales que dió origen á la huelga. Es cierto que en 1.^º de Febrero de 1894, un Consejo de Conciliación, compuesto de patronos y de obreros que también resultó de la Conferencia, ha de fijar los tipos de los salarios en adelante. Además, la huelga por sí sola habrá sido un escarmiento para los mineros. A pesar de los auxilios de las *Trades Unions*, de las suscripciones de algunos periódicos, entre ellos el *Daily Chronicle* que recaudó 16,000 libras esterlinas, y de los socorros obtenidos de la caridad pública, pasaron los huelguistas privaciones incalculables, tanto más terribles para todos ellos cuanto que, por los jornales que cobran, pueden vivir y viven relativamente con verdadero desahogo. Temerán, pues, los mineros meterse en otra huelga y exponerse en consecuencia á idénticos sufrimientos, y por lo mismo no extremarán tanto sus exigencias cuando el Consejo de Conciliación entre en funciones para señalar el tipo de los salarios. De los perjuicios que ha causado la huelga indicamos algo hace algún tiempo. Se calculan nada menos que en

cuatrocientos millones de libras esterlinas. El carbón de piedra dobló de precio; cesó casi la exportación de este mineral por los puertos del Norte; los ferrocarriles suprimieron trenes de viajeros y de mercancías, y algunas empresas navieras dejaron de expedir algunos de sus buques; por fin, fábricas y talleres hubieron de cerrarse, porque el elevado precio del carbón hacía imposible que sus dueños pudiesen tenerlos abiertos sin experimentar grandes pérdidas. Todo esto causado por una huelga que no ha resuelto nada, que en nada ha mejorado la condición del obrero y que ninguna influencia tendrá probablemente en lo venidero. Los daños que ha traído se hubieran acrecentado todavía si la huelga hubiese continuado en el invierno. El carbón es un artículo de primera necesidad para la calefacción de las habitaciones, por causa del frío que se siente en la Gran Bretaña, y por lo alto de su precio, muchas familias se hubieran visto con hartos apuros para subvenir á la necesidad expresada. Esta consideración influyó, sin duda, en gran manera para que el gobierno de Mr. Gladstone quisiera ver terminada la huelga.

Los telegrafistas italianos han querido también hacer huelga, como los nuestros, mas á aquéllos es de creer que no les saldrá bien la cuenta. El Gobierno italiano adoptó en seguida varias disposiciones para sustituir á los huelguistas, y lo consiguió, si bien verificándose bastante mal el servicio. Por diversas causas en España lo tenemos siempre malo. Insuficiencia de personal, sobra de personal poco práctico, y material pésimo y también insuficiente son las causas que tienen en la condición más lamentable á nuestro servicio telegráfico. Cualquiera tormenta, la lluvia pausada solamente por espacio de algunas horas, una ráfaga de viento dejan estropeada en seguida una línea y sin que pueda cursarse ningún parte por ella. Recientemente los temporales del Norte—que á la verdad han sido fuertes—han dejado á la corte incomunicada con Francia, porque no funcionaba la línea del Norte. Esta interrupción no se ha limitado á algunas horas, ni siquiera á un día, sino que ha sido de cuatro y cinco días, de modo que los industriales, comerciantes y todas las personas de Madrid que deseaban recibir noticias del extranjero debían obtenerlas desde Barcelona. Estos vicios son ya inveterados y ni los clamores de la prensa ni los del público han logrado conseguir que se corrijan de una vez para siempre. Aquí es bueno para Director general de un ramo quien no podría ser auxiliar en ninguna oficina especial por carecer en absoluto de conocimientos en el ramo que se le confía. De ahí el desbarajuste que reina en todo.

Frías estuvieron las elecciones municipales. Los electores no toman ningún interés por ellas, en parte porque los Ayuntamientos, como institución, no pueden estar más desacreditados, y en parte también por haberles enseñado la experiencia que, con sufragio universal ó sin él, los muñidores de elecciones son los que en último término disponen del contenido de las urnas. De ahí la indiferencia, que no es peculiar á un determinado partido político, sino común de todos ellos. En las últimas elecciones, tomadas en conjunto, han triunfado las candidaturas monárquicas. ¡Ojalá que entren en los Cabildos, sobre todo en los de las grandes ciudades, personas que encaucen la administración municipal, que es por cierto

to una base de buen gobierno en los países bien regidos!

* * *

En Valencia se ha celebrado con mucho lucimiento, presidiéndolo el Excmo. Cardenal Arzobispo de Sevilla, el Congreso Eucarístico, destinado á tratar cuestiones relacionadas con el culto y la devoción al augusto Sacramento de la Eucaristía. En gran número fueron los prelados que á él concurrieron, figurando entre los de la provincia tarragonense el Metropolitano y los obispos de Sevilla, Vich, Seo de Urgel, Mahón y Palma de Mallorca. Fueron pomposas y solemnes las funciones que por razón del Congreso se celebraron en la Catedral, monumento interesantísimo del Arte cristiano, predicando elocuentes sermones distintos oradores. La procesión, que se hizo, con las imágenes y pasos que en ella figuraron, fué un acto de solemne majestad y grandeza que dejó edificados á cuantos lo presenciaron. Formó parte de las fiestas dispuestas con ocasión del Congreso una Exposición de objetos litúrgicos antiguos y modernos, dispuesta en las salas de la Academia de Bellas Artes. Entre los primeros se presentaron objetos raros, de valor y de mérito artístico, siendo especialmente notable la colección de cálices que se exhibió desde el siglo XII hasta nuestros días. Una cruz románica donada por el rey don Jaime el Conquistador á la Virgen de *El Puig*, llamó también en gran manera la atención de los inteligentes.

* * *

El llamamiento de los reservistas ha dado origen á algunos alborotos, principalmente debidos al desorden en la adopción de medidas para atenderlos debidamente. En Getafe ocurrió el mayor de ellos, producido por no haberse pensado en la manera de racionar á los mozos que allí se reunieron por orden del ministerio de la Guerra. El hambre les obligó á apoderarse por asalto de las vituallas que encontraron, siendo precisa la intervención de jefes y autoridades superiores para impedir que creciese un conflicto que por fortuna no tuvo graves consecuencias. El llamamiento de los reservistas en muchos casos ha sido causa de fundadísimas quejas. La despedida de los que hubieron de embarcarse, así en Barcelona como en Valencia, destinados á Melilla, produjo dolorosa impresión en cuantos la presenciaron, ya que á dar el adiós á los reservistas acudieron las esposas y los tiernos hijos de muchos de ellos.

* * *

Una nueva fase presenta la cuestión de Melilla. La conferencia entre Muley Araaf y el general Macías no dió resultado: el primero quería la suspensión de las hostilidades y que se permitiese la entrada de los moros en la plaza para comerciar, á lo que el general se negó rotundamente. En esta situación la Reina nombró al general don Arsenio Martínez de Campos para que se pusiese al frente de las operaciones en el África. El prestigio de este ilustre militar ha reanimado el espíritu público y el de las tropas de Melilla. ¡Dios quiera que en bien de la patria sea afortunado en su empresa!

B:

—:::

¿Casualidad?

POR

ARTURO ACHLEITNER



ALREDEDOR de una mesa de la posada de Huber, en Kitzbichel, sostenían animada conversación varias personas á quienes, ya el azar, ya el amor á la vida de la montaña, había atraído hacia aquel lindo rincón de las comarcas tirolesas. Los unos se preparaban para una visita, en cuanto mejorase el tiempo, al pico de Kitzbichel, que se elevaba soberbio ante su vista, los otros se interesaban por las minas de cobre del país, explotadas, según tradición oral, desde el año 1539.

Terminaba apenas la conversación cuando un rayo de sol se deslizó por la sala, aclaróse el cielo y empujadas las nubes por un viento fresco del Este huyeron del ameno valle.

El júbilo se apoderó de los expedicionarios y los vasos chocaron alegramente brindando por el éxito de la subida al pico, desde cuyas alturas se descubre un panorama superior aún al del Alto Salve. Ya era famoso el monte cuando todavía no existía camino de andadura que condujera á lo alto ni refugio alguno construido sobre sus crestas de peñascos.

—¡Posadera, necesito un bastón! exclamó el músico H., profesor en Praga, que se había unido á los expedicionarios.

Pero aunque insistía en su petición, la posadera negaba tenazmente el que tuviera bastón ninguno más, á pesar de que la contera de hierro de uno de ellos asomaba tras de un armario viejo. Los ojos de lince del músico descubrieron la contera sospechosa, y la buena mujer se encontró muy apurada, y al fin hubo de confesar que, en efecto, aún quedaba un bastón en la casa, pero que nunca lo entregaría á nadie.

—Y por qué le preguntaron con asombro.

La posadera bajó la voz hasta convertirla en una especie de susurro, se persignó, y echando una mirada receiosa hacia el bastón, murmuró:

—El que lo llevaba cayó en un precipicio y se despeñó, Dios le haya perdonado; yo no entregaré el bastón á ningún otro.

—¡Tontería! exclamó el alegre músico. ¿Por qué razón?

—Porque el que lleva el bastón de uno que ha muerto despeñado, sufre también la misma suerte.

—Pura superstición, dijo el músico aunque algo pensativo.

Pero como un vienesés de buen humor objetara que el prestar fe á la charla de la tirolesa era demasiado ridículo, y los demás añadieran que cualquiera podía caer sin llevar aquel bastón de mal agüero, el profesor de Praga dominó su indecisión, y se empeñó con terquedad en llevar para la subida precisamente el palo encantado.

La posadera no cedió, sin embargo, y persistió en su negativa, pero los huéspedes siguieron insistiendo, burlándose de la tradición y de los pronósticos de la mujer que auguraba un fin funesto. El bastón fué arrebatado en triunfo y la ascensión comenzó.

El más decidido y alegre de la banda era el profesor

que llevaba al hombro como un fusil el bastón encantado, demostrando á sus compañeros que, en tales casos, un bastón de montañas es un trasto inútil.

Pero conforme iban subiendo iba también enfriándose la algazara, y al llegar arriba, casi á los 6,000 pies sobre el nivel del mar, los ánimos más ligeros se sintieron sobrecogidos de una impresión grave á la vista de aquel grandioso panorama de hielos, desde la cumbre del Hafner hasta las sierras gigantescas de Ankogel, Hochnaw Glockner, el pico de Wiesbach y en el fondo el majestuoso Kaiserstock.

A la bajada dividiéronse en dos grupos. El profesor, á quien impulsó el afán de entregar sano y salvo á la supersticiosa posadera el bastón hechizado, escogió con otro compañero el camino más corto, mientras el resto de la compañía decidió volverse por San Juan.

Se separaron alegramente y emprendieron el descenso.

A pesar de que el grupo más numeroso había elegido para la bajada el camino más largo, y aunque desde San Juan tenía que volver otra vez á Kitzbichel, los que lo formaban se encontraron, sin embargo, los primeros en la posada de Huber.

Pálida y ansiosa preguntó la posadera por el profesor que había emprendido la expedición con el bastón objeto de la contienda. Él y su guía faltaban.

—¡Jesús, María, una desgracia! ¡Dios mío, mis presentimientos! clamó la aterrada mujer.

Después se enteró por los demás del camino que habían seguido los que faltaban.

—¡Dios todopoderoso! con la niebla han caído en el precipicio.

Toda la casa se puso en conmoción. El posadero pidió socorro, acudieron algunos mineros, varios guías trajeron cuerdas y linternas y se pusieron á la cabeza de la expedición, que tomó el camino más corto y procuró llegar cuanto antes á la cima. La niebla que se había echado hacia ya algunas horas, obligaba á tomar grandes precauciones; sólo trabajosamente, paso á paso, iban adelante.

Una vez en lo alto se ataron con cuerdas y emprendieron el regreso por el estrecho paso que había elegido el profesor, siempre lentamente, por la niebla espesa y traídora que impedía ver los pies y dificultaba la respiración. La triste luz de las linternas se abría paso trabajosamente por las capas de la niebla, ninguno distinguía al que iba delante, los guías se daban señales por medio de silbidos, y recomendaban en voz alta el tener tirante la cuerda.

La angustia y el terror se habían apoderado de los viajeros incorporados á la expedición de socorro.

Y los que faltaban, ¿cómo se encontrarían en aquel momento? ¿medio destrozados, tal vez con vida? ¡Desesperados, perdidos sin remedio en aquel espantoso mar de niebla!

De pronto el guía que marchaba á la cabeza de la cuerda pronunció un aterrador «¡Alto!» Todos se detuvieron con espanto, nadie aventuró un nuevo paso, que podía traer la muerte consigo. Por la cuerda se conocía que alguien de los de delante se soltaba.

Sonidos confusos llegan á lo alto, palabras incomprendibles arrebatadas por el viento de la noche, pero que hacen correr escalofríos por el cuerpo. Indudablemente el guía primero ha descubierto algo, acaso un rastro, tal vez un cadáver.

—¡A paso lento, sostener por la izquierda! grita la voz del guía á través de la niebla. Las puntas de hierro de los bastones suenan en las rocas, la comitiva se pone en marcha vacilante.

De nuevo se oye un «¡Alto!» tan aterrador que la angustia y el miedo están á punto de apoderarse de todos.

Sopla una ráfaga de aire huracanado, las nieblas se comprimen unas contra otras, el viento irritado de la montaña arranca grandes jirones de las capas nebulosas y las arroja con furia de aquel paraje. Por una cortadura aparece arriba el cielo de la tarde, abajo se precipita la niebla de ladera en ladera, masas de un verde oscuro se hacen visibles, hasta que la niebla desaparece y sólo queda un jirón que otro entre las ramas de los pinos y abetos.

Todos los ojos se fijan adelante. Dos guías frotan con vinagre las sienes de un hombre; es el acompañante del profesor, perdido el conocimiento y pálido como un cadáver. ¿Y el profesor?

Las miradas interrogan el abismo donde se escalonan las rocas. Todavía allí quedan restos de niebla.

El herido se repone, cobra el sentido y fija los ojos espantados en los guías arrodillados á su lado.

Comprende la situación, se ve salvado, pero después mira á lo profundo lleno de terror y grita tembloroso:

—¡Despeñado!

—¿Dónde?

—Delante de mí.

—¿En la niebla?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. Le oí gritar: «¡Oh, desgracia! ¡mi bastón!» se le había escapado de la mano y caía de roca en roca. La niebla impedía ver nada. Después, un grito espantoso... Despeñado... Caí aterrido y perdí el sentido... Ha sido un milagro que yo también no haya perecido destrozado.

—Ahora, ¡adelante! exclamó el primer guía.

Hizo trepar á todos lentamente y con gran precaución á la ladera más próxima, ató una á otra las sogas que se llevaban de reserva, dió concisas instrucciones, se amarró al cuerpo el extremo de la cuerda y se adelantó al borde del precipicio.

Su brazo asíó la rama de un árbol, la soga se puso más tirante, y el audaz explorador fué descendiendo cada vez más al fondo.

La soga rechina al rozar con los cantos de las peñas. El segundo guía avanza hasta el borde, se acuesta boca abajo en el suelo y mira al fondo, conteniendo el aliento, en acecho de la señal.

Poco á poco van soltando soga los hombres con pausa, con firmeza. Algunos metros más, y la larga cuerda toca á su fin.

Con el oído alerta espera el segundo guía.

Llega de lo hondo un lejano: «¡Aaalto!»

—¡Alto! grita entonces á los otros.

La cuerda se afloja visiblemente. Todos aguardan en silencio, llenos de ansiedad, latiéndoles el corazón. Nadie abriga esperanzas. A juzgar por la largura de la cuerda, el despeñado debe estar hecho pedazos.

Se nota una sacudida en la cuerda y los hombres vuelven á cogerla con fuerza.

—¡Arriba!...

Sube por tirones lentos y acompañados. Luego una parada; el guía, colocado en el borde, hace un esfuerzo; otra sacudida y sobre la cornisa descansa un cuerpo humano con el cráneo destrozado.

Una impresión de terror se apodera de todos, y las rodillas tiemblan.

El guía desata al muerto.

—¡Alerta! ¡Abajo la cuerda! se oye gritar al que

manda, y la soga baja con rapidez hacia el fondo del barranco.

Vuelve á sonar la voz de ¡Alto! transcurre un corto espacio mientras el guía de abajo se lía la cuerda á la cintura; luego le izan arriba.

Sube del valle el son de la campana que toca el Angelus. Los hombres caen de rodillas y rezan por el alma del despeñado.

Con las sombras de la tarde entra en el valle el cadáver, y la capilla del camposanto le ofrece asilo para la noche. A los pies del cuerpo se sienta la posadera sollozando y acusándose de haber sido causante por el bastón de la triste suerte del infortunado.

Tres días después dan tierra los amigos al amigo, y precisamente en el mismo día llega la prometida de la víctima.

La joven al volver á su país se lleva el bastón del desgraciado que un guía le ha recogido bajando al fondo del precipicio.

Traducido del alemán por
FRANCISCO SUÁREZ BRAVO.

Al Tequendama

Á MI NOBILÍSIMO AMIGO EL DOCTOR CARMELO ARANGO M.

TEQUENDAMA grandioso:
deslumbrada ante el séquito asombroso
de tu prismal riquísimo atavío,
la atropellada fuga persiguiendo
de tu flotante mole en el vacío,
el alma presa de febril mareo
en tus orillas trémula paseo.
Raudas apocalípticas visiones
de un antiguo soñar al estro vuelven,
resurgen del olvido sus embriones
y en tus iris sus formas desenvuelven.
¡Y quién no soñará, de tu caída
al formidable estruendo,
que mira á Dios crear omnipotente,
entre visto al fulgor de tu arco horrendo!...

¡A morir!... Al abismo te provoca
algo á la mente del mortal extraño;
y del estribo de la ingente roca
tajada en babilónico peldaño,
sobre cogido de infernal locura,
perseguido dragón de la llanura,
cabalgas iracundo
con tu rugido estremeciendo el mundo.

¿Qué buscas en lo ignoto?
¿Cómo, á dónde, por quién vas empujado?...
Envuelto en los profusos torbellinos
de la hervidora tromba de tu espuma,
é irisado en fantástico espejismo,
con frenesí de ciego terremoto
entre tu aérea clámide de bruma
te lanzas despeñado,
gigante volador sobre el abismo.

Se irgue á tu paso murallón inmóvil
cual vigilante esfinge del Leteo,
mas de tu ritmo bárbaro al redoble
vacila con medroso bamboleo.

Y en tanto al pie del pavoroso salto,
que desgarra sus senos al basalto,
con tórrida opulencia

en el sonriente y pintoresco valle
abren las palmas florecida calle.
Por verte allí pasar, la platanera
sus abanicos de esmeralda agita,
la onduladora elástica palmera
riegue su gargantilla de corales,
y al rumor del titán cosmopolita,
con sus galas y aromas estivales,
la india piña de la ardiente vega,
adorada del sol, de ámbar y de oro,
sus amarillos búcaros despliega.
Sus ánforas de jugo nectarino

te ofrece hospitalaria
la guanábana en traje campesino,
á la par que su rica vainillera
el tamarindo tropical desgrana
y la silvestre higuera
reviste al alba su lujosa grana.
Bate del aura al caprichoso giro
sus granadillas de oro mejicano
con su plumaje de ópalo y zafiro
la pasionaria en el palmar del llano;
y el cámbulo deshoja reverente
sus cálices de fuego en tu corriente...

Miro á lo alto. En la sien de la montaña
su penacho imperial gozosa baña

la noble águila fiera,
y espejándose en tu arco de topacio
que adereza la luz de cien colores,
se eleva majestuosa en el espacio
llevándose un jirón de tus vapores.
Y las mil ignoradas resonancias
del antro y la floresta
y místicas estancias
do urden alados silfos blanda orquesta,
como final tributo de reposo
¡oh, émulo del Destino!
ofrece á tu suicidio de coloso
la tierra engalanada en tu camino.

Mas ¡ahl que tu hermosura,
desquiciada, sublime catarata,
el insondable abismo desbarata,
la inmensidad se lleva,
sin que mi osado espíritu se atreva
á perseguirte en la fragosa hondura.

Átomo por tus ondas arrastrado,
por retocar mis destenidos sueños
y reponer mi espíritu cansado
en tu excelsa visión de poesía,
he venido en penosa romería;
no á investigar la huella de los años
de tu drama en la página perdida,
hoy que la fe de la ilusión ya es ida
y abatido y helado el pensamiento
con el adiós postrér de la esperanza,
en tu horrible vorágine se lanza
desplomado al más hondo desaliento.

En vano ya tras el cristal enfriado
de la vieja retina
el arpa moribunda se alucina,
y en el triste derrumbe del pasado,
cual soñador minero,
se vuelve hacia el filón abandonado
de nuevo á rebuscar algún venero.

¡Adios! ¡adiós! Ya á reflejar no alcanza
del alma la centella fugitiva

ni tu ideal fastuosa perspectiva
ni el prodigioso ritmo de tu danza;
y así como se pierden á lo lejos,
blancos al alba, y al morir bermejos,
en nívea blonda de la errante nube

ó en chal de la colina
los primorosos impalpables velos
de tu sutil neblina,
va en tus ondas mi cántico arrollado
bajo tu insigne mole confundido,
é, inermes ante el hado,
canto y cantor sepultará el olvido.

AGRIPINA MONTES DEL VALLE (1).

Marruecos

POR
EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

EXISTE en Tánger un monstruo, una de esas criaturas sobre las cuales no es posible fijar la mirada, sin que se suscite el sobresalto de la duda hasta en el ánimo del más creyente. Dicen que pertenece al sexo bello, pero la verdad es que no parece ni mujer ni hombre. Una cabeza de orangután, mulata, con pelo corto é hirsuto: un esqueleto con la piel cubierta de andrajos negros, casi siempre tendida en medio de la plazuela con la rigidez de un cadáver, ó sentada en un rincón: inmóvil y muda como una imbécil, cuando no la acosan los muchachos, contra los cuales se revuelve aullando ó gimiendo. Lo mismo puede tener quince años que treinta: su monstruosidad impide adivinarlo. No tiene padres, ni parientes, ni casa, ni hogar; se ignoran su nombre y el país de dónde procede. Pasa las noches acurrucada en las calles, en medio de la basura y de los perros. La mayor parte del día está dormida: cuando tiene qué comer se ríe: si la acosa el hambre llora: cuando los días son claros, es un montón de polvo; cuando llueve, un hacinamiento de barro.

Una noche, pasando cerca de ella uno de los nuestros, púsole en la mano una moneda de plata envuelta en un pedazo de papel, para que al otro día tuviera una agradable sorpresa. La mañana siguiente encontramosla en medio de la plazuela, sollozando amargamente, enseñando una mano ensangrentada: alguno la había arañado á fin de apoderarse de la moneda. Tres días después la ví montada en un asno y deshecha en llanto, sostenida por dos soldados y seguida de una turba de chiquillos que marchaban dejando oír una gritería infernal. Se me dijo que la conducían al hospital, pero ayer la ví de nuevo dormida cabe la osamenta descarnada de un perro, que fué más dichoso que ella.

(1) Doña Agripina Montes del Valle nació en Salamina (Antioquía) á mediados del presente siglo. En Bogotá, donde se trasladó por segunda vez en 1878, dedicóse á la enseñanza, y en 1887 fué nombrada directora de la Escuela Normal del Magdalena.

De rara precocidad en el cultivo de su talento poético, en 1872 obtuvo en Chile una medalla de honor en un concurso literario con una poesía titulada *A la América del Sur*; ha figurado con lucimiento en varios otros certámenes literarios. En 1883 publicó en Bogotá un primer tomo de *Poesías*, con extensa introducción del conocido crítico don Rafael Pombo.

La poesía que hoy publicamos es una de las más notables de la ilustre poetisa.

* * *

Al fin hé sabido quiénes son esos hombres rojos, de rostro siniestro, que, al pasar á mi lado en las calles apartadas, me miran de una manera particular, que parece decir que ha cruzado por su mente la tentación de cometer un homicidio. Son aquellos temibles rifeños de raza berberisca, sin más ley que su espingarda, que no reconocen autoridad de cadí ni de juez; piratas audaces, bandidos sanguinarios, en estado constante de rebeldía, que pueblan los montes de la costa desde Tetuán á la frontera argelina; que no han logrado hacer entrar en razón ni los cañones de los buques europeos, ni el ejército del



Riffeños berberiscos

Sultán; en suma, los habitantes de aquel Riff famoso, dentro del cual no puede penetrar extranjero alguno, como no sea bajo la egida de los santones ó la protección de los jeques, á los cuales va unido el relato de innumerables leyendas espantosas, y de quienes los pueblos limítrofes hablan vagamente, cual si se tratara de un país lejano e inaccesible.

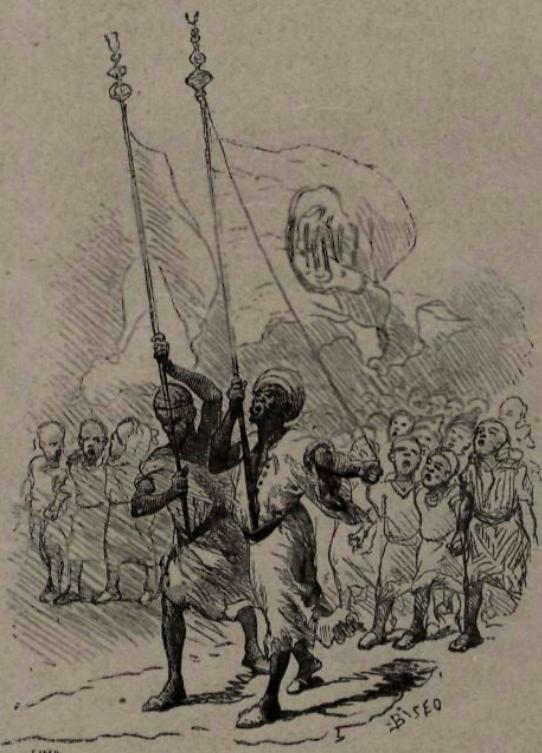
En Tánger se ven algunos. Son altos y robustos; la mayor parte viste capa oscura adornada de borlitas de varios colores; alguno con el rostro lleno de arabescos amarillos; armados todos con espingardas ó fusiles extremadamente largos, cuya funda roja llevan ceñida á la frente á guisa de turbante; y marchan en grupos, hablando en voz baja, con la cabeza inclinada y ojo avizor, como cuadrillas de salteadores que siguen la pista de su víctima. Comparados con ellos los árabes más salvajes parécenme amigos de la infancia.

* * *

Estábamos comiendo entrada ya la noche, cuando hemos oído algunos escopetazos que sonaban en la plazuela. Echámonos á la calle, y bien que de lejos, nos fué dado contemplar un espectáculo curioso. La callejuela que desemboca en la parte del Zoco de Barra, hallábase iluminada en una gran extensión, por medio de intensas luminarias que se distinguían perfectamente por encima de la muchedumbre, brillando alrededor de un objeto semejante á una caja, colocado sobre la grupa de un caballo. Esta enigmática procesión marchaba lentamente al compás de una música melancólica, de un canturreo arrastrado y nasal, de disparos de arma de fuego, de gritos estridentes y de ladridos de perros. Habiéndome quedado solo en medio de la plaza, permanecí durante algunos minutos haciendo calendarios respecto al significado de aquel aparato lúgubre, y devanándome los sesos acerca de lo que encerraba aquella caja, que así podía ser un reo condenado á muerte, como un cadáver, un monstruo, ó un animal destinado al sacrificio. En semejante incertidumbre, sentíme acometido por una especie de temor, que me hizo volver la espalda y dirigirme á casa lleno de tristes pensamientos. No había transcurrido un minuto cuando se me reunieron los amigos y me dieron la explicación del enigma. Dentro de la caja iba encerrada una desposada, una novia, y la gente que la rodeaba eran los parientes que la conducían á la casa del marido.

* * *

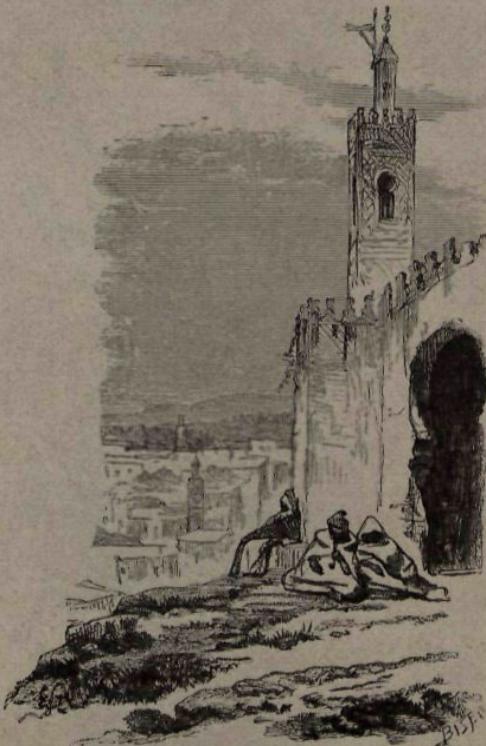
Ha pasado por la plazuela una turba de árabes, hombres y mujeres, precedida de seis ancianos portadores de



Rogativas para la lluvia

sendas banderas de diverso color, y todos al par salmodiaban una plegaria con acento melancólico y aspecto triste, que me ha impresionado profundamente. He preguntado, y se me ha dicho que reclaman de Alá el beneficio de la lluvia. Seguí sus pasos y ví que penetraban en la mez-

quita principal. Ignorando que aquí se halla terminante-mente prohibido á los cristianos penetrar en una mezquita, al encontrarme junto á la puerta, he hecho ademán de entrar. Un árabe anciano me ha atajado el paso, y balbu-ceando, con aire asustado, no sé qué palabras que he traducido por — ¡Qué haces, infeliz! — me ha empujado hacia atrás, con un ademán semejante al que se emplearía para apartar á un niño de un precipicio. En consecuencia he debido contentarme con contemplar desde la calle las blancas arcadas del patinejo, no pesándome gran cosa,



La alcazaba

habiendo visitado la gigantesca mezquita de Constanti-nopla, de que se me haya impedido la entrada en la de Tánger, desprovista completamente de todo carácter monumental, excepción hecha de los alminares. Pero aun éstos, — robustas torres de planta cuadrada ó hexagonal, revestidas de mosaicos de diferentes colores, y terminados por una torrecilla de techo piramidal, — nada valen comparados con los blancos y ligerísimos, que como delgadísimas antenas de marfil, se lanzan al espacio desde las elevadas cimas de las colinas de Estambul. Mientras permanecía en la calle contemplando el patieollo, una mujer, desde la parte posterior de la fuente de las abluciones, me hizo una seña con la mano. Podría dejar creer que me envió un beso; pero he de confesar que me amenazó con el puño.

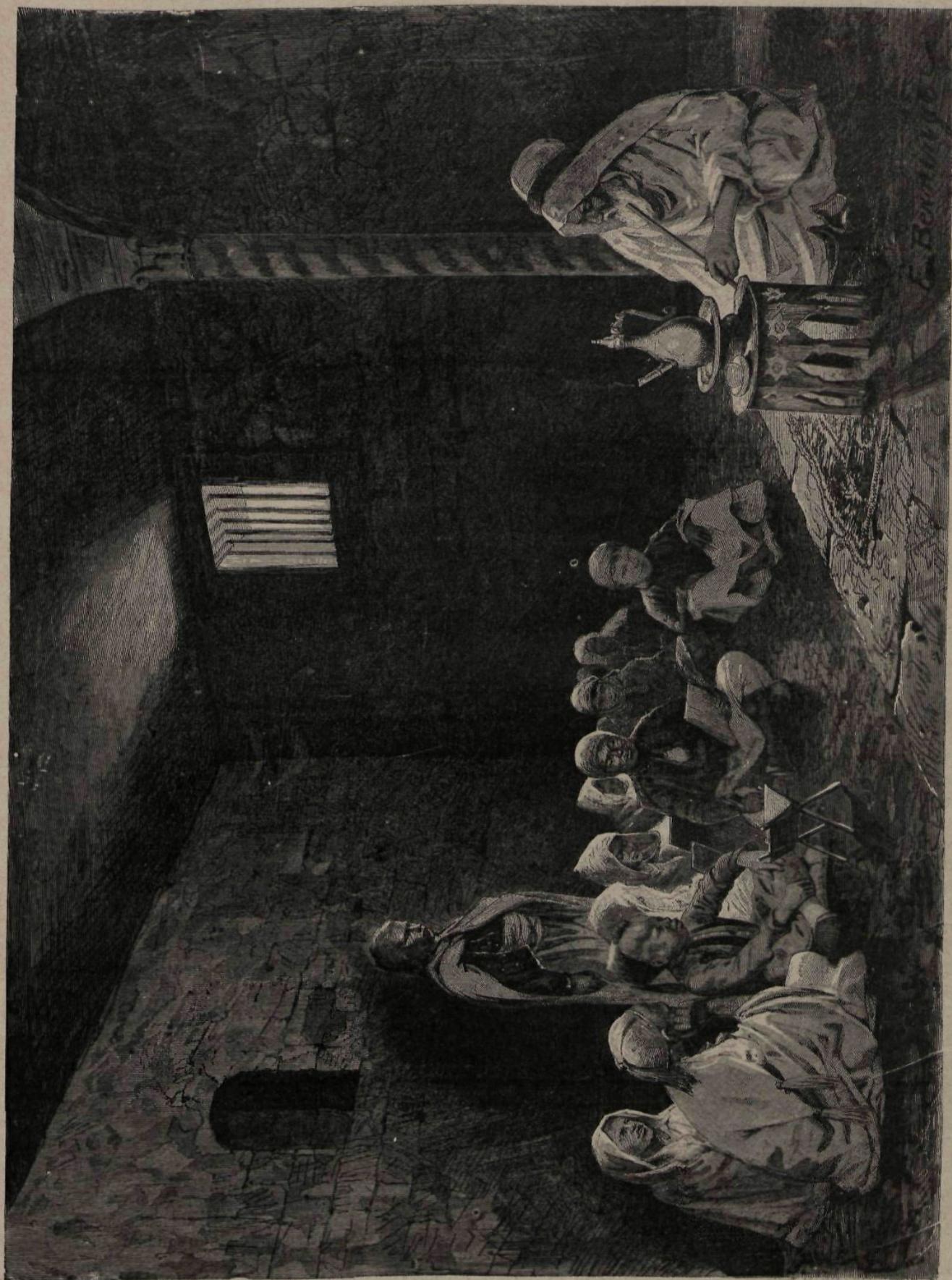
* * *

He subido á la alcazaba ó castillo levantado sobre una altura que domina á Tánger. Es un grupo de pequeños edificios rodeados de vetustos murallones, en los cuales se hallan establecidos la autoridad, la guarnición y los prisioneros ó encarcelados. Sólo he visto dos centinelas que dormitaban, sentados ante una puerta situada en el fondo de una plazuela desierta, y algunos mendigos tum-bados bajo los rayos de un sol abrasador y medio comidos de moscas. Desde aquella eminencia se abarca con la mirada toda la ciudad de Tánger, que se extiende á los pies de la muralla de la alcazaba y trepa sobre otra colina.



UNA CARAVANA DE ESCLAVOS EN EL DESIERTO.— CUADRO DE BENJAMÍN CONSTANT

Dibujo de Constant 1870



UNA ESCUELA EN TÚNEZ. — DIBUJO ORIGINAL DE E. BERNINGER

Involuntariamente se aparta la vista de aquella inmensa y deslumbrante blancura, sólo interrumpida aquí y allá por las manchas verdes de alguna higuera aprisionada entre las paredes. Distinguense las azoteas de todas las casas, los alminares de todas las mezquitas, los pabellones de los consulados, las almenas de la muralla, la plaza solitaria, la bahía desierta, los montes de la costa, un espectáculo inmenso, silencioso y espléndido, que bastaría á mitigar la más honda nostalgia. De mi muda contemplación vino á sacarme una voz aguda y trémula que con entonación extraña partía del lugar elevado. Volvíme hacia donde sonaba, y sólo al cabo de un rato de buscar logré descubrir, en la parte más alta del alminarrete de una mezquita de la alcazaba, una pequeña mancha negra. Era el muezín, que dando á los cuatro vientos los nombres de Alá Mahoma, llamaba á los fieles á la oración. Después volvió á reinar el profundo y melancólico silencio propio del medio día.

El cambio de moneda en este país constituye una verdadera calamidad. He dado un franco al expendedor de tabaco para que me devolviera diez sueldos, y este moro feroz ha abierto una cajita de la cual ha empezado á sacar puñados de monedillas negras, rojizas y deformadas, que ha ido amontonando sobre el banco, hasta tanto que han formado una cantidad bastante á constituir la carga de un faquín: ha contado con gran rapidez y esperado tranquilamente, dándome tiempo para que las embolsara.

—Dispensad,—le he dicho, procurando coger mi moneda de plata,—carezco de la robustez indispensable para comprar en vuestra tienda.

Creí arreglarlo tomando más cigarros; pero aun así sobró lo suficiente para llenar mi bolsillo de aquella menudencia monetaria, con la cual me hice explicar lo que era. Es una moneda de bronce llamada *flu*, cuya unidad no llega al valor de un céntimo, y aun así va descendiendo diariamente, porque Marruecos se halla verdaderamente inundado de ella; no teniendo por qué decir que la causa de su profusión proviene principalmente de que el gobierno sólo admite en los cobros oro y plata, al paso que en los pagos da únicamente la moneda que nos ocupa. Sin embargo, como no hay cosa mala que no tenga, si bien se mira, su lado bueno, estos *flu*, este azote del comercio, tiene para los marroquíes la inapreciable virtud de librarles de no sé cuántos males, y en especial de ser víctimas de mal de ojo, gracias al llamado anillo de Salomón, que llevan grabado en una de sus caras; una estrella de seis puntas, mal dispuesta y peor trazada, imagen auténtica y fidelísima del verdadero anillo guardado en el sepulcro del gran rey, que con él en la mano regía los buenos y los malos espíritus.

Traducido del italiano por
C. V. DE V.

(Continuará).

Mujer

(CONTINUACIÓN)

VI

QUIEN no haya asistido á los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero

desenlace de un lance de honor no pende del momento en que los adversarios se ven frente á frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa á los duelistas, ajustan las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más ó menos á las soluciones belicosas. Al duelistas, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la inepticia de ellos, y la complicidad moral, que ante las personas honradas (aun que no lo sean sino á medias), tienen prevenida para todo desfallecimiento del ánimo. Forzosa consecuencia del primer absurdo, que consiste en fiar á la ajena custodia cosa tan personal é íntima como la defensa de la honra y conservación de la vida, de la cual no somos más que depositarios, no dueños.

En el asunto de Alfonso, desde el primer momento tuvo el debate carácter especialísimo. Fueron los que en él intervinieron, no padrinos, sino testigos verdaderos, con restringidísimos poderes, ya que los adversarios, por razones que conocemos, no les hacían jueces de los motivos de la cuestión, sino reguladores de sus trámites.

Al llamar Alfonso al expertísimo brigadier Antequera y á Donato Cármenes, especialistas en duelos correctos y bien llevados, notó en la cara de los dos testigos que sabían perfectamente el *porqué*. Ninguno asistiera la víspera á la tertulia de Lanzafuerte; pero sin duda algún tertuliano, yendo á concluir la noche en el Casino, la Peña ó el Veloz, había encontrado á los amigos de Alfonso, y faltádole tiempo para enterarles del escándalo. Y la rabia de la impotencia se apoderó de la Cueva al comprobar lo bien tendida que estaba la red de su enemigo. En cualquier caso, vencedor ó vencido, el afrentado era él, Alfonso.

—Creo,—dijo á sus testigos,—que poco tardarán en presentárseme las personas que designe Dávalos. Puesto que ustedes están conformes en representarme, así que vengan esas personas las enviaré á que se entiendan con ustedes, ó las citaré aquí á una hora en que ustedes puedan acudir. Mis instrucciones...—Alfonso vaciló un poco,—mis instrucciones son... que se avengan ustedes á las condiciones y armas que fijen los testigos de Ramiro. La cuestión no tiene arreglo fácil, porque á la salida de casa de Lanzafuerte se han cruzado entre nosotros palabras muy gordas é injuriosas, y hasta se alzó un brazo para herir una mejilla y hubo un puño que lo sujetó. Y como fuí yo quien amagó el bofetón—total lo mismo que si lo diese—resulta que es Ramiro el ofendido, y pasará por lo que él deseé.

Hicieron los testigos las acostumbradas objeciones, formulando el inevitable alegato en pro de la avenencia; pero conocíase que sus frases las dictaba una rutinaria obligación, y no el convencimiento, que presta vigor sustancial á la palabra humana. Incapaces de entender la clave del enigma, sentian que un esposo ultrajado de tal manera y tan en público, ni podía avenirse, ni conformarse. Al oír á Alfonso declarar que el ofendido era Ramiro, lo traducían como astuta prevención para despistarles, si fuese posible. Y ya se levantaban, preocupados, Cármenes mordiendo el bigotillo, el brigadier frunciendo el entrecejo y tosiendo con afectación, cuando sonó en la verja un campanillazo seco y hostil, y el criado pasó las tarjetas de los señores conde de Alén y don Pedro Ordóñez de Lara.

—Los tenemos ahí, murmuraron los testigos, sentándose otra vez y tendiendo la mano al cajón de puros abierto sobre la mesa ministro de Alfonso.

Y éste, al enhebrarse por la puerta que comunicaba con el cuarto de baño, advirtió soltando la cortina:

—Recuerden ustedes lo dicho... Acepten las condiciones, y no pongan dificultad ninguna, por fuertes que parezcan.

El tiempo que tardaron en entrar los testigos de Dávalos, bastó á los de Ramiro para fijarse en el retrato de Ana que adornaba, en lugar preferente, el escritorio de Alfonso. Rodeaba la fotografía un bonito marco de fulgurante strass, y Ana aparecía sencillamente ataviada, el hermoso pelo negro recogido en lo alto de la cabeza por medio de un agujón de pedrería, la nuca juvenil descubierta, las finas y expresivas facciones bien acusadas por el claro oscuro, y en el busto, donde ya se desvanecían los contornos del traje, una rosa detallada con primor, una rosa gentil y erguida no menos que su dueña.

—La verdad es que es de *buten*, dijo con fatuidad Cármenes, fantaseando planes de porvenir y segundas mesas deliciosas.

—Sí, buen bocado,—gruñó el austero brigadier,—pero que todas han de ser cortaditas por un patrón! Mientras no se restablezca la jurisprudencia antigua y se las azote por mano del verdugo, puestas á horcajadas sobre un asno, darán estas malditas qué sentir á los hombres decentes y qué reir al demonio!

Mientras deliberaba el consejo de los cuatro, Alfonso esperaba en su cuarto tocador, inmediato al de baño, donde por delicadeza no había querido permanecer, pues corría el riesgo de oír lo que se platicase. Aficionado á una pulcritud británica y á estar en los ápices de la comodidad, Alfonso tenía su tocador, no como el de una dama, sino como el de un hombre refinado é inteligente en las artes del bienestar y el lujo. Un ropero con tres secciones, de lunas hábilmente combinadas, hacia frente á un diván de masaje, cubierto por muelle revestimiento turco. El lavabo, de mármol rojo con grifos de plata, era muy amplio, y en sus tabletas se alineaban en orden de batalla, de mayor á menor, las esponjas, los cepillos, las tijeras inglesas, los frascos de colonia y vinagre, los limpiaoídos y los menudos y relucientes chirimbolos con que se completa el aseo de la dentadura y el pulimento de uñas y piel. El tocador, severo y sin faralaes, lucía un complicado surtido de peines de pelo y barba, tohallicas, frasquetes, brochas y espejillos de formas raras, señal del esmero con que era atusado aquel pelo negrísimo que desordenaban luego las manos cariñosas de una mujer ciega de amor.

Dejóse caer Alfonso en la butaca donde solían peinarle y exhaló un suspiro, reconociendo que se encontraba quebrantado de espíritu y cuerpo, que sentía el madrugón y la toledana noche,—amén de las emociones borrascosas del dichoso sarao de Lanzafuerte. Allí que nadie le veía; allí que no se necesitaba mantener la serena actitud que imponen los preparativos de un duelo, Alfonso podía dejar caer los brazos y confesarse á sí mismo... al otro Alfonso que se reflejaba en el espejo triple... que lo del duelo... tal cual era en realidad, preparado, combinado y puesto en escena por Dávalos con la destreza y la picardía y la vengativa sorna de un agraviado encoroso... era, en puridad y dejándose de farsas... una broma pesadísima, una locura, una farsa, una contrariedad de marca mayor, una teja que le caía sobre la cabeza á un hombre completamente feliz la víspera de tan impertinente asunto.

Quizás la vista del tocador fuese lo que le sugería estas desagradables reflexiones. Alfonso había deseado mucho, cuando soltero, procurarse una instalación así, de un *comfort* sólido y extremado; y ahora, con su casamiento, este

sueño y otros más se realizaban, y formaban á su alrededor esa atmósfera grata y tibia que infunde voluntad de vivir.—No tachemos á Alfonso de interesado coburgo: no amaba en su mujer el dinero: la amaba con su caudal, pero en su persona, en toda su hermosura honesta y fresca, que como huerto cerrado y sellada fuente, sólo el dueño poseía. La riqueza y la ventura, dentro del ambiente gratísimo que le cercaba, eran cosas tan inseparables, que Alfonso no las distinguía: de ambas reunidas se formaba aquél estado enviable, aquél puerto de reposo donde creyó haber anclado y de donde le arrancaba ahora el huracán. Sus planes de vida de familia, sociable, recta y decorosa; sus sueños de paternidad y de alegrías babosas, mezcladas con dulces angustias de sarampiones, escarlatinas y otras plagas infantiles; su resolución de agotar el amor conyugal como se agota una copa colmada de vino puro, rancio y sabroso... ¿dónde iba todo? ¿qué probabilidades tenía de llegar á gozarlo? ¿qué esperanzas de dilatar los años para prolongar las dichas, y qué garantías de tranquilidad, si le acechaba en la sombra aquel vengador de romance y drama, aquel hermano sediento de sangre y de ignominia?

La víspera recordaba Alfonso que su dolor fué de otro género: celosa rabia, en los cortos instantes que sospechó de su mujer. Hoy, convencido ya y desengañado de la diestra estratagema de Ramiro, lo que sentía no era furia, sino postración, abatimiento, desgana, repulsión, zozobra inexplicable, algo como frío que le serpeaba sutilmente por las venas. Confundiendo la impresión moral con la física, prendió una cerilla en el mechero de alcohol siempre encendido, y la aplicó á la chimenea de gas, que al punto resplandeció con intensa claridad reverberada en la bruñida placa del fondo. Arrimóse al calor, y tendió las manos con un *brr!* de estremecimiento profundo.

Desde su butaca percibía el rumor de las voces: sin duda hablaban entonces un poco más alto los testigos. No distinguía las palabras: sólo le llegaba el rumor entrecortado por largos silencios. Sintióse Alfonso irritado, nervioso, y se cogió la cabeza con las manos, por repeler los informes sonidos que no entendía. Allí se estaba decidiendo su destino; allí se le estaba sin duda sentenciando á hacer cualquiera barbaridad enorme, como si no fuese estúpido matarse con un individuo á quien no queremos mal, y cuya hermana era muy linda... ó muy fácil!... antaño. Sí: allí se estipulaban, una pierna sobre otra, entre veguero y veguero, condiconcitas de esas que para los demás se pactan con suma frescura! y que, no obstante, son á todas luces un resto de barbarie, y hacen del duelo un asesinato... Que á veinte pasos, avanzando... que disparar cuantos tiros hagan falta hasta que uno de los dos adversarios se inutilice... ¡Inutilizarse! La palabra la leía ahora Alfonso con letras rojas sobre la placa dorada de la chimenea... *Inutilizarse*, vocablo hipócrita! Equivales á caer de bruces dando antes la terrible voltereta de la lesión traumática mortal; equivales al frío del acero penetrando en un corazón que latía lleno de juventud y salud y amor; equivales al agujero en la cabeza, por donde asoman fragmentos de masa encefálica; equivales al brazo que cuelga inerte, á la pierna que se desangra, al ojo que se vacía, al rostro que se desfigura, á todo lo que horripila y consterna, á todo lo que sabe al alma como al paladar el zumo del ajenjo!

Tales cosas vió Alfonso en la claridad de la chimenea, que su cara palideció, sus pupilas se dilataron, y una contricción intolerable bajó de su epigastrio á sus riñones... Y en aquel momento de agonía, cuando imperceptible

sudor brotaba de sus cabellos, cuando una voz cruel y burlona le murmuraba dentro del cráneo:

—Lo que tú tienes se llama miedo en todas partes...

Ana, entrando por una puertecilla interior, vestida aún con el traje de su correría matinal, se lanzó á él exclamando alarmada:

—Fonsín, ¿qué te pasa? Pareces un cadáver... Mírame... Pero, ¿qué es eso? Estás malo, muy malo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Beduino atravesando el desierto

La radical de la palabra beduino significa en árabe «el que vive en despoblado», y así llámase beduinos á los árabes que moran en el desierto ó en lugares muy solitarios, que se sustentan con el merodeo y con frecuencia despojando á los infelices viajeros. Para atravesar el desierto, para ir desde la península del Sinaí á la Palestina necesitan las caravanas llevar consigo medios de defensa, á fin de librarse de los beduinos, ora yendo armados los hombres que las componen, ora escoltándolas fuerzas regulares turcas ó de alguna otra procedencia. Los beduinos son gentes acostumbradas á las mayores fatigas. No les espanta el ardoroso sol del desierto ni las nubes de arena que levanta á veces el viento, sepultando á hombres, camellos y tiendas. De ellos puede decirse que su descanso es el pelear, puesto que se hallan en lucha con cuanto les rodea, á excepción de los miembros de su tribu, en donde el jefe les tiene á raya, por aquello de que ha de existir autoridad ó quien mande, hasta en una gavilla de ladrones. El beduino reproducido en nuestra lámina es tipo exacto de los que atemorizan á los pacíficos habitantes de la Tierra Santa. Montado en un camello atraviesa extensos espacios, resistiendo todas las fatigas y todas las privaciones. La espingarda es su compañera y con ella y con la cabalgadura del desierto, que así se llama el camello, no hay correría que le espante por difícil y expuesta que fuere.

Una caravana de esclavos en el desierto

CUADRO DE BENJAMÍN CONSTANT

Es la esclavitud cáncer que corroa la sociedad en los pueblos orientales. Los incansables esfuerzos y la incansable propaganda de los misioneros católicos han logrado en algunos puntos, sobre todo del litoral, que aquel vergonzoso comercio no se lleve á cabo ni con la extensión ni con el descaro con que antes se hacía por los mercaderes de esclavos. Son muchas, empero, todavía las ciudades del Oriente en las cuales el mercado de esclavos existe, consentido por los soberanos y gobernadores y hasta patrocinado por ellos mismos, ya que de aquellas indignas ventas salen centenares de mujeres jóvenes directamente destinadas a los serralllos. Para sostener el comercio, les es preciso á veces á los mercaderes internarse, y en aquellos pueblos, ó por la fuerza ó por el oro, apoderarse de hombres, mujeres y niños, á quienes conducen como infeliz rebaño á los sitios en donde pueden venderlos con ganancia. La lámina que publicamos pinta un cuadro de la triste odisea de miseros esclavos en el Oriente. Desde el punto en que los adquirió el mercader, hasta la ciudad en donde han de ser vendidos, media larga distancia, en parte ocupada por desiertos. Arrastran á los esclavos, los jefes de la caravanas, sin consideración alguna, sin atender para nada á sus padecimientos, y cuidando sólo de que no exhalen el último suspiro para no perder el precio de su venta. La caravana está atravesando el desierto y los esclavos, sedientos, se lanzan á beber en un charco que es para ellos reparador oasis. Esta escena, sobre el fondo que resulta de la monótona extensión del desierto, produce, en el cuadro de Benjamín Constant, conmovedora impresión en el ánimo y da idea de la barbarie que reina en los países en los cuales no han penetrado las salvadoras doctrinas del Evangelio.

Una escuela en Túnez

DIBUJO ORIGINAL DE E. BERNINGER

En Túnez, como en otras poblaciones árabigas, son las escuelas en extremo curiosas. Suelen establecerse en un rincón de alguna mezquita, costumbre que viene de lejos, puesto que en la Edad Media se seguía ya en las más importantes ciudades dominadas por los árabes. Sólo las separa de la calle un portal, casi siempre abierto, de modo que desde fuera se ve y se oye cuanto pasa y se dice en el interior de la escuela. Los chicos están agachados ó sentados en el suelo, con las piernas cruzadas á la manera oriental, y el maestro delante de ellos pronuncia las palabras que constituyen la lección ó el ejercicio, las cuales repiten los niños en coro. Las suras del Corán figuran de ordinario en el texto de las lecciones. Muestran los discípulos aplicación algunos días, mas otros se presentan levantiscos y con más ganas de cuchichear que de

aprender la lección. A la vara acude el maestro en casos tales, administrando una buena corrección á los más alborotadores, con lo que se aquietá el gallinero y se vuelve á la recitación del Corán. Cuando el maestro hace la señal de haberse acabado la clase, levántanse los chicos muy ligeros, se envuelven en sus albornoces y se echan á la calle, ya con la gravedad que el árabe muestra en su actitud y ademanes desde que viene al mundo. El excelente dibujo del artista Berninger, que va en este número, presenta un trasunto exacto y lleno de vida de una escuela en Túnez.

Generales de redacción

Fuimos a visitar las tan celebradas ruinas de Itálica acompañado de un amigo artista.

Dentro de lo que fué circo romano, explicábame mi acompañante el sitio donde se levantaban los gladiadores después de la lucha; cuál era el *chiquero* de donde salían las fieras; lugar de la presidencia; dónde se colocaban los lictores, dónde los soldados; departamento destinado á depósito de muertos, y otros detalles y pormenores explicados de tan buena fe y tan poseído de su exactitud como pudiera explicar el último partido á cesta jugado en el Frontón Barcelonés.

No estábamos solos. Atento á la plática histórica se encontraba también á nuestro lado el guarda miróme sonriente, guiñó el ojo, encogió los hombros, señaló ligeramente al disertante y dijo:

—Aquí too er que viene se despacha á su gusto.

¡Cuántas veces he recordado esta salida!

Especialmente estos días en que tanto se habla de la cuestión de Marruecos.

No puedo apartar de mi mente la ocurrencia de aquel buen hombre.

Porque, ya lo habrán ustedes notado; todo el que se ocupa de Melilla se despacha á su gusto, como todos los visitantes de las ruinas de Itálica.



No hay más que tomar los periódicos.

La mayoría pide el Gurugú solo; otros, el Gurugú con puré de patata; alguno propone tomar el Gurugú empezando por la cumbre, ya que por abajo había de costar mucho, y se vuelven airados contra el Ministro de la Guerra diciéndole:

—¿Por qué no llevan los ingenieros sus globos?

Y no van descaminados. Pueden emplearse en la con-

ducción de tropas por los aires; infantería aérea de desembarco en lo más alto del Gurugú.

El Gurugú ha trastornado á bastantes plumas mecánicas. Y no es esto lo peor, sino que han llegado á inculcar en el vulgo la creencia de que ondeando allí nuestra bandera ya no había que pagar la cuenta al sastre.

Varias tonterías se han pedido, pero la del Gurugú es la que ha hecho más prosélitos. Este fenómeno se debe al nombre del monte, porque eso de Gurugú, se parece á guirigay, zaragata ó río revuelto.

También he leído la conveniencia de poseer el Cabo de Tres Forcas y establecer allí tres faros (uno en cada forca). A esto contesta otro órgano de la opinión que, no refiriendo la historia ningún tropezón de barcos contra el referido Cabo, encuentra más práctico establecer allí una tienda de lavado y planchado, una administración de loterías ó una peluquería donde se corte y rice el pelo, cosas de las que carecen los rifeños, según opinión de Julio Cervera, Bonelli y otros autorizados africanistas.

— No tenemos generales, oímos decir de continuo.



Error grandísimo.

No hay periódico que no disponga de un Napoleón Bonaparte, lo menos.

A lo mejor el general de redacción es algún ex-cadete que no pudo deglutar el *orden abierto* y se vió obligado á colgar la guerrera.

Pero eso no quita para que increpe á López Domínguez por poco previsor, y no haber echado á tiempo un segundo piso á Melilla donde albergar seis mil hombres más.

Como éste, conozco varios Wellingtons doctores en el *El Juanito* y en *El amigo de los niños*, socios honorarios de Bohemis-Club, que á diario meten la pluma de un modo criminal en los asuntos de Marruecos.

El militarismo les atrae, como atrae lo desconocido, y allá se van cuartillas confundiendo la Zapa turca con la Zapatiesta, el alza del fusil con la de fondos públicos, y la preponderancia de las piezas con la de España al otro lado del Estrecho.

¿Que no?

Yo he leído, escrito por uno de esos Gonzalos de Córdoba, que el Batallón había desplegado en polinomios.

Otro Cormontaigne de redacción escribía en cierta ocasión:

«Rodeando el reducto había gran número de alambreras para detener el asalto de la caballería.»

¡Confundir las alambradas con las alambreras de los braseros! Y luego... eso de la caballería marchando al asalto de una fortificación, con escaleras y todo, supongo yo, pues no pretendería el General Reporter que los jinetes hicieran la tortuga.



Con motivo de la reciente desgracia ocurrida en Santander, ha escrito un célebre Peixans del reportismo:

«Como sabemos todos, la nitroglicerina es una mezcla de *nitrogli* y *cerina*; lo primero se extrae del nitro ó salitre y lo segundo de la cera amarilla.»

Pues bien, estos son los encargados de formar la opinión del público, hablando bien ó mal de las operaciones realizadas por el general Macías, según que les consienta ó no estar dentro de la plaza.



Estos son los que llenan la cabeza al público con aires del Gurugú, y le hacen creer que allí estaría de perilla un observatorio astronómico; que una colonia agrícola en el Atalayón nos pondría á quince céntimos el metro de sal-

chichón de Vich; que es para nuestra patria una vergüenza no tener un faro en el cabo de las Tres Forcas alumbrando los nidos de las desventuradas gaviotas habitantes de aquellas acantiladas orillas; que es una desidia incomprendible no explotar el comercio de monas en Tetuán y tener el Atlas sin encuadernar con tanta piel como hay de sobra en Taflete.

En verdad que no me explico los apuros del Gobierno, dado el caso que intente mandar á Melilla otro General cuando empiecen las operaciones.

Lo práctico será ir de redacción en redacción y echar un guante de eminencias militares, diciendo:

—En nombre de la patria. ¿Tienen ustedes la bondad de prestarme ese Napoleón Bonaparte que anda por ahí?

Otro periódico prestaría su Turená; otro, su Brialmont; otro, un Moltke ó dos y, así, dispondríamos de un cónclave de sabios con los cuales, y sin más que diez hombres con Maüser, dispuestos á dormir, donde les cogiese la noche, sobre la punta de la bayoneta, comer cantos rodados y arena de la playa, y decididos á no beber más que sangre africana... entonces sí que, en menos que canta un *farruco*, sometíamos las kabilas de Gazuza, Frambuesa, Ven á Comer y Ven á Almorzar.

Somos así: nos parece muy bien y muy razonable que el zapatero remendón de la esquina entienda de medias suelas más que nosotros, y á él nos sometemos incondicionalmente cuando le enviamos unas botas para componer; como reconocemos superioridad en nuestra cocinera y en la que nos plancha la ropa, y en otras personas ocupadas en cosas al alcance de todos los caletres.

Pues nada, en asuntos de milicia todos sabemos más que todos los generales; si de Derecho se trata, estamos por encima de los presidentes de Audiencia; en Teología dejamos tamañitos á los arzobispos; en Marina somos unos ballenatos...

En todo somos eminencias.

Por eso hoy que el caso lo requiere nos dedicamos á Generales de Reportería.

MELITÓN GONZÁLEZ.

15 de Noviembre de 1893.



Nadie ignora el importante papel que en el desarrollo de los vegetales desempeña el agua, como disolvente de los fosfatos, nitratos, sulfatos y demás sales absorbidas por las plantas para su alimentación; pero en lo que tal vez se han fijado pocos es en la influencia esterilizadora del mencionado líquido cuando lluvias frecuentes lo hacen correr en abundancia por los terrenos. La sequía prolongada, que traspasando ciertos límites mata é imposibilita la vegetación y lleva consigo la escasez y la pobreza á las regiones que la tienen por característica, puede resultar altamente beneficiosa desde el punto de vista agrícola, cuando se cuenta con medios de combatirla por medio del riego. Así lo ha demostrado no hace mucho tiempo el profesor Hilgarth ante la Sociedad de Fisiología de Berlín, entre cuyos miembros ocupa un lugar distinguido. Al efecto ha practicado numerosas operaciones de análisis con diferentes tierras del nuevo continente, de las cuales

se deduce que la riqueza de elementos alimenticios aumenta con la sequedad del clima; es decir, que un suelo contiene tanta mayor cantidad de substancias propias para la nutrición de las plantas, cuanta menor sea la cantidad de lluvia recibida anualmente.

La explicación de este hecho no es difícil de averiguar, si se tiene en cuenta que las aguas cuando después de empaparse en el terreno, lo abandonan formando arroyos y corrientes de mayor caudal, arrastran consigo una porción de sales disueltas que necesita el vegetal para su crecimiento, de modo que si no se procura la reparación de semejantes pérdidas apelando á los abonos, las cosechas han de ir decreciendo gradualmente hasta acabar por un rendimiento incapaz de retribuir los trabajos del cultivo. Hilgarth recuerda á este propósito, que los pueblos civilizados de la antigüedad parecían mostrar empeño en elegir por residencia los parajes secos antes que los húmedos, sin duda porque la experiencia les había dado á conocer las ventajas que aquéllos reunen para una explotación más productiva.

No menos curiosas son las observaciones de otro profesor, Lovauer, acerca del reblandecimiento que sufren las ramas de los árboles frutales á consecuencia de la nutrición forzada. Los arboricultores, como es sabido, con objeto de aumentar el tamaño del fruto, y hacerlo todo lo delicado y exquisito que sea posible, suelen esmerarse en proporcionar á los árboles abundantes sustancias assimilables, procedimiento que, según el ilustre botánico últimamente citado, adolece de un inconveniente hasta ahora inadvertido. Sigue, en efecto, que cuando la absorción del agua y principios nutritivos alcanzan en el vegetal excesivas proporciones, el tejido blando de éste se desarrolla de un modo considerable á expensas del anillo leñoso, originándose de aquí una disminución en la consistencia que necesita la planta para hacer frente á los agentes exteriores. Por ignorar los efectos de tal transformación, comprometen muchas veces los hortelanos la vida de excelentes frutales, á que no se cansan de prodigar cuidados, que por lo desmedidos llegan á degenerar en dañosos.

* *

Según refiere Valerio Máximo, el Senado romano encargó á Cayo Pompilio la misión de comunicar á Antíoco que se le prohibía continuar la guerra incesante que hacía á Tolomeo. Al llegar Pompilio ante el príncipe recibióle éste con mucha amabilidad, alargándole la mano como si fuera un amigo. Pero Pompilio, en lugar de darle la suya, le entregó la carta que contenía el decreto del Senado. Despues de haberla leído dijo Antíoco que lo consultaría con sus amigos. Indignado Pompilio al ver que difería una contestación, trazó sobre la arena con una varilla una línea alrededor del rey y le dijo: —Es preciso que antes de salir del círculo que os he trazado, me deis una respuesta categórica que comunicar al Senado.—De modo que no era un embajador quien hablaba á Antíoco, sino el mismo Senado. Así fué que Tolomeo declaró al punto que no daría ningún motivo de queja, y entonces Pompilio le apretó la mano y le reconoció por aliado. ¡Cuán eficaz es esta varonil dignidad de carácter y de lenguaje! Al momento quedó abatida la Siria y salvado el Egipto.

* *

Dando cuenta un criado á su señor, por escrito, de lo que había gastado, decía:— De un pan, que compré para

mí, ocho maravedises: de paja y cebada para su merced, dos reales.

Teniendo un pobre hombre un hijo de buen ingenio, y muy dado á los estudios, vendió una pequeña posesión, que le había quedado, para que con aquel dinero se mantuviese el hijo en ellos, y en adelante pudiese mantener su vejez con algún alivio; pero el hijo, cuando había de sacar algún fruto de sus fatigas, se metió á fraile. El padre, llorando, le preguntaba ¿por qué así le hubiese abandonado? Respondió el hijo: — Para vivir en pobreza. — ¡Oh qué loco eres! exclamó el padre. ¿Podías tú vivir en mayor pobreza que estás conmigo, cuando nada me ha quedado?

Trajeron á un enfermo, para su asistencia, una mujer que sabía hacer grandes conservas; y habiéndoselo dicho, respondió: — Pues que me conserve la vida, que no he menester otra cosa.

M. Schlumberger aconseja un procedimiento de extinción de los incendios producidos por el petróleo. Según él, puede evitarse todo peligro si se toma la precaución de colocar una ó varias botellas de vidrio de las llamadas castañas llenas de amoníaco (álcali volátil).

Cuando un frasco ó bote de petróleo se inflama produce una explosión que rompe el vaso que contiene el amoníaco. Entonces los vapores de este líquido se esparcen por la atmósfera inflamada, y en virtud de la propiedad que posee el gas amoniácal de impedir toda combustión, se apaga instantáneamente el fuego.

Toda vez que el amoníaco es un producto que se encuentra fácilmente en el comercio, ¿por qué no se obliga á los vendedores de petróleo y de esencias minerales á que tengan siempre al lado de aquella sustancia cierta cantidad de amoníaco?

De todos los sufrimientos que lleva consigo la indigencia, el más terrible para los desgraciados es el de parecer ridículos.—JUVENAL.

Los deberes para con la patria no admiten término ni medida.—CICERÓN.

El primer obstáculo que se presenta siempre al perezoso es él mismo.—SÉNECA.

La venganza pasa por justa, y sin embargo, es inhumaña: sólo se diferencia de la ofensa en orden al tiempo, y el que se venga no tiene más que una ventaja, que consiste en ser culpable con circunstancias atenuantes.—SÉNECA.

No es posible vencer un peligro sin correr otro peligro.—PUBLIUS SYRO.

La justicia consiste, primero en no perjudicar á nadie, y luego en obrar teniendo en cuenta los intereses de todos.—CICERÓN.



Soluciones al número anterior:

A la charada:

GA-LE-NO

Al jeroglífico

EL CACIQUE COLOCOLO ERA ARAUCANO

CHARADAS

¡Sopla, viento, la *una tres!*
¡Marca, *dos una*, impaciente!
Al *dos* aclama ferviente
en toscano ó piemontés.
El *todo*, sin arrogancia,
aunque á Germania sujeto,
de sus amores objeto
hace á la vecina Francia.

PHILOS.

(*Explica nuestra guerra actual en África*)

El santon Kadi-Melquik
amaba á *prima tercera*,
que es *dos prima dos y tres*
y *tres tres* por su belleza.
Ella á su vez adoraba
al que de otra *tres primera*
por España era soldado
y en *todo* nacido era.
Veíanse donde el fuerte
de Sidi-Guariax se empieza,
y el santon, rabiando en celos,
les juró una guerra eterna.
Por eso fué á predicarla
entre las kabilas tercas

contra España y sus soldados,
y encendió en la cumbre hogueras
fanatizando á los moros
con ridículas creencias.
Y por eso cuando el fuego
cesa en la sangrienta guerra,
llanto de *prima tres* se oye
hasta que en la plaza suena
un silbido prolongado
del valiente de esta tierra
como diciéndola: á *todo*
te llevaré si reniegas
de tu *tercera prima*, cuando
el fuerte se haga, espera.

LEONARDO LÓPEZ, de Villada.

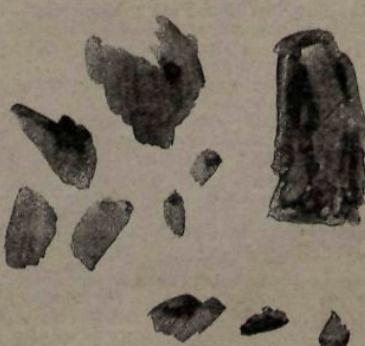
ROMPE CABEZAS

RAMÓN RIAD Y TRIS
CONFITERO

Con estas letras componer el nombre de un drama castellano.

JULIO MARTÍCÁS.

ESFINGEOGRAFIA



Dadas las manchas que se publican, completarlas con líneas hasta obtener un conjunto (1).

(1) Este recreo se presta á una variedad infinita de interpretaciones agraderemos á los señores Suscriptores que nos envien las que se les ocurran.

COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Según se previene en la base cuarta de la escritura de emisión de las obligaciones de esta Compañía, tendrá lugar el día 15 del próximo mes de Diciembre el décimo sorteo trimestral de obligaciones, á las once de la mañana, en el salón de sesiones de la Sociedad, sito en la Rambla de Estudios, n.º 1, principal.

Las 18,610 obligaciones de la Compañía por amortizar, se dividirán para el acto del sorteo en 1,861 lotes de 10 obligaciones cada uno, representados por igual número de bolas, extrayéndose del globo 17 bolas en representación de las 17 decenas que se amortizan, conforme se indica en la tabla de amortización impresa al dorso de cada título.

Antes de introducirse en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 1,861 bolas sorteables.

El acto del sorteo será público, presidiéndolo un Sr. Consejero de la Sociedad, asistiendo, además, el Director, Contador y Secretario general.

La Compañía publicará en los diarios oficiales los números de las obligaciones á las que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que debe sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Enero próximo.

Barcelona 30 de Noviembre de 1893.
El Secretario general, Carlos García Faria

PILDORAS

del Dr. AYER

Son las mejores purgantes

Son puramente vegetales

Son fáciles de tomar y de digerir

Curan los dolores de cabeza

Curan la dispepsia

Curan el estreñimiento

Curan los desarreglos del hígado y abren el apetito.

Nadie debe estar sin una cajita de las **Pildoras Purgantes**, del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinúmero de enfermedades.

La delgada capa de azúcar, que cubre las **Pildoras del Doctor Ayer** se disuelve inmediatamente al llegar al estómago, dando lugar á que la sustancia entera de los ingredientes sea prontamente asimilada.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

• Póngase en guardia contra imitaciones espúreas.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles e inofensivos, preparados por B. RICHARD, París.

Véndense en las principales perfumerías.

Depositario: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA - SUS VIAJES - SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejás, para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARIILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS estearinas ricas y transparentes, blancas y en colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

POR ENRIQUE LASSERE

Consiste de un voluminoso tomo, siendo su precio 32 pesetas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión a Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores e industriales, que recibirá y encaminara á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.